

SOBRE EL ENDECASÍLABO

Cuando un endecasílabo está acentuado en las sílabas 4ª y 8ª, puede descomponerse en dos hemistiquios, el primero de 5 y el segundo de 6 sílabas.

Así :

Dulce vecino de la verde selva.

Puede leerse :

Dulce vecino

De la verde selva.

De consiguiente, si se hiciera terminar por un esdrújulo el primer hemistiquio, el verso para el oído conservaría su medida, aunque ese hemistiquio resultara de seis sílabas (contadas con los dedos) y el otro también seis, es decir, doce en junto.

Por ejemplo :

El río limpio que regó mi prado.

Puede descomponerse en esta forma :

El río limpio

Que regó mi prado.

Ahora bien : podríamos reemplazar la palabra « limpio » (dos sílabas) por « límpido » (tres sílabas) y decir :

El río límpido
Que regó mi prado.

Pues para el oído, un verso de seis sílabas, terminado en esdrújulo, suena como de cinco.

Por esta razón, resultaría mal medido, aunque tuviera las once sílabas y los correspondientes acentos de 4ª y 8ª aquel endecasílabo que hiciera cabalgar la última sílaba de un esdrújulo final del primer hemistiquio, sobre el segundo hemistiquio.

Ejemplo :

El viejo sátiro, que se arrepiente.

Para el que mide los versos con los dedos, éste tiene once sílabas ; pero al leerlo, el oído lo descompone en dos hemistiquios, que son así :

El viejo sátiro
Que se arrepiente.

El primero tiene seis sílabas, que suenan como cinco, ya que la sílaba final de la palabra esdrújula, « sátiro », se volatiliza. El oído no podría, pues, recogerla para agregarla al segundo hemistiquio, y éste se queda con sus cinco sílabas, no más. Los dos hemistiquios (a causa del esdrújulo en que termina el primero), no significan, para un buen oído, más que diez sílabas. Sería, por lo tanto, un verso cojo, como endecasílabo.

Para disimular el defecto, habría que declamarlo, cortándolo artificialmente en esta forma :

El viejo sati / ro que se arrepiente.

Pero si se pronuncia el esdrújulo « sátiro » como se debe pronunciar, su valor métrico al final del hemistiquio, queda reducido a dos sílabas.

Parecería que cuando se trata de palabras agudas, puestas al final del primer hemistiquio de un endecasílabo, y que por ser agudas suenan al oído como si tuviesen una sílaba más, habría que decir lo contrario de lo que acabamos de decir, relativo a los esdrújulos, y, en consecuencia, declarar que un hemistiquio agudo de cuatro sílabas equivale a cinco.

Pero el oído, juez inapelable, no lo acepta.

No podrá decirse que :

El capitán que perdió la vida
En la batalla de la Fucsalida

sea un pareado de dos endecasílabos bien medidos.

Evidentemente el primero es cojo, aunque se pronunciara :

El capitán
Que perdió la vida

computando como de cinco sílabas el primer hemistiquio, conforme a una regla bien conocida, que no hace más que legislar sobre lo que nos enseña el oído.

¿ Por qué en este caso del agudo terminal de un hemistiquio, el sonido no se prolonga ?

No podríamos explicarlo ; pero el oído nos dice que para que ese endecasílabo fuese correcto habría que decir « capitano » y no « capitán » :

El capitano que perdió la vida.

Sería, pues, perfecto un verso que dijera :

La capitana que perdió la vida.

Ésta es la doctrina. En la práctica, a pesar de estas razones, y cuando se trate de endecasílabos acentuados en cuarta y en octava, no aconsejamos terminar con un esdrújulo el

primer hemistiquio, porque siempre resultará un sonido sospechoso, sea que el hemistiquio se mida por las sílabas que realmente tiene, sea que se le disminuya una, por el final esdrújulo.

Aunque suene bien, leyéndolo con la cesura correspondiente, nos parece mal endecasílabo :

El río límpido que regó mi prado.

Y nos parece todavía peor, como endecasílabo, el siguiente verso :

El viejo sátiro que se arrepiente.

Pues para el oído suena exactamente con el ritmo de los siguientes versos :

La verde náyade
Que cabe al río
Buscó mi sauce
Fresco y sombrío.

Si los primeros dos versos :

La verde náyade
Que cabe al río...

están bien medidos como dos pentasílabos, no puede pretenderse que se alarguen, sólo porque los enchufemos uno con otro, escribiéndolos así :

La verde náyade que cabe al río.

Siguen siendo dos versos de cinco sílabas, que sumadas, hacen diez sílabas, y no once que debe tener el endecasílabo.

Para poder estirarlo hasta las once sílabas, hay que descuartizar el esdrújulo, haciendo de él dos palabras, y leer el verso de este modo :

La verde naya / de que cabe al río.

Ésta que presentamos aquí, es una cuestión de oído, no una sutileza. Perceptible para unos; imperceptible para otros. Cuando no se percibe, no hay que seguir conversando, porque es inútil.

GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.

En conocimiento del estudio que antecede, el doctor Ataliva Herrera dirigió al señor Académico, doctor Gustavo Martínez Zuviría, la carta que se transcribe a continuación :

Buenos Aires, agosto 25 de 1938.

Señor doctor Gustavo Martínez Zuviría.

Ciudad.

Admirado escritor y amigo :

El caso de fonética del verso endecasílabo, con acento poético en la 4ª y 8ª, por usted investigado, es de sumo interés para la métrica moderna. Resulta una comprobación de cómo la humanidad civilizada va perdiendo su sensibilidad auditiva del ritmo.

El verso en su primitiva estructura fué frase musical, fué canto. En el verso griego y latino cada sílaba es una nota. Estas notas se agrupan en pies de diversa especie; y éstos, a su vez combinados, forman el verso, cuya melopea se repite con la misma cadencia, pero con distintos matices.

En el latín clásico no existe la rima, que aparece en la baja latinidad, cuando éste es el idioma popular y estos oídos ya no perciben toda la intensidad de las *silabas-notas*. La rima sirve de cesura. Es el período transitivo en la percepción apreciativa del número o ritmo

En el siglo de oro, cada sílaba-nota se mide por la *duración* del tiempo: las sílabas se dividen en largas y breves. Dos breves equivalen a una larga. Esta percepción empieza a atrofiarse, y el verso a la vez empieza a construirse vulgarmente por el número de sílabas, en vez de hacerlo por la duración del tiempo de éstas. La *cantidad de sílabas* como unidad, en vez de la *duración del tiempo* como unidad.

Vengamos al caso propuesto.

El endecasílabo castellano, con acento en 4ª y 8ª, es un *sáfico*, por su ascendencia latina. Por eso, suena mejor si se lo acentúa en 1ª, 4ª y 8ª.

Ejemplo: los citados versos de Villegas.

Huésped eterno de la verde selva

es más musical, que este otro:

Vital aliento de la madre Venus.

La razón la dará el análisis fonético:

El *sáfico* latino se compone de 11—once—sílabas, como el castellano.

Once sílabas

descompónense en

Cinco pies

- 1º Troqueo —dos sílabas: una larga y una breve — ◡
 2º Espondeo —dos sílabas: las dos largas — —
 3º Dáctilo —tres sílabas: una larga y dos breves — ◡ ◡
 4º Troqueo —dos sílabas: una larga y una breve — ◡
 5º Troqueo —dos sílabas: una larga y una breve — ◡
- Lo que equivale a los signos musicales modernos:

q ♯ q q q ♯ ♯ q ♯ q ♯

He aquí un *sáfico* de un Himno a San Rafaël :

Mi-tte de cw-lis Ra-pha-el ut om-nes.

Es cierto, como usted piensa, que puede muy bien descomponerse el *sáfico* castellano en dos hemistiquios, equivalentes a dos versos yuxtapuestos, el primero de cinco sílabas y el segundo de seis sílabas. Pero, esto ha de ser a condición de que se mantenga la fonética del *sáfico* latino, de donde procede el castellano.

Por esta razón no es aplicable al final del primer hemistiquio la ley castellana de computar en tal caso la esdrújula con una sílaba menos y la aguda con una sílaba más.

En efecto, su buen oído percibe que suena bien en el caso de la esdrújula ; y que suena mal en el caso de la aguda, en el final del primer hemistiquio.

¿Por qué? Veamos su ejemplo :

El rí-o lim-pio que re-gó mi pra-do

Si en vez de *limpio* coloca *límpido*, resulta que en la esdrújula son *breves* las dos sílabas

pi-do,

que equivalen a la sílaba

pio,

que es *larga*, porque ya dijimos que en la primitiva métrica greco-latina *dos* sílabas *breves* equivalen a *una larga*.

¿Veamos ahora el segundo caso, o sea, aguda al final del primer hemistiquio, en su ejemplo :

El ca-pi-tán que per-dió la vi-da.

Aquí evidentemente falta una nota-sílaba, que no se puede suplir con la prolongación de la 4ª, porque es larga y ocupa su exacto lugar en el verso. No le sobra duración de tiempo para pasarlo a la 5ª, que ha quedado en silencio, como una caída o un vacío musical, que [represento con el signo correspondiente. De ahí que se vea obligado a añadir una sílaba a *capitán*, o decir *capitana*.

Pasemos al resultado del último verso por usted estudiado :

La verde náyade que cabe al río

se explica por la cesura, que hay entre cada hemistiquio. Si no se hace la cesura, son dos hemistiquios de cinco sílabas cada uno ; y practicada la cesura, se transforma en endecasílabo, como usted lo demuestra :

La verde naya, de que cabe al río.

Por eso, la cesura tiene tanta importancia en la métrica greco-latina, que se computa junto con los pies, que han de componer cada verso.

Espero haber satisfecho su trascendente curiosidad fonética. Con esto se demuestra que la humanidad sufre una atrofia cada vez mayor en su percepción del ritmo. Más perfecto en el griego, el verso es menos musical en el latín, hasta cambiar la unidad de medida, y llegar a nuestros días, reinado del ruido. Las futuras generaciones no sentirán a Mozart ; sus sinfonías serán el paso de un tren de carga o un tableteo de ametralladoras.

Suyo affmo. y s. s.

ATALIVA HERRERA.